

# Ola democratizadora en el erizado Sur de Asia

Jordi Joan Baños

Corresponsal en Nueva Delhi de *La Vanguardia*

## Síntesis

Un fantasma recorrió el subcontinente indio en 2008. El fantasma de la democracia. Si no su realidad y su realización, sí, por lo menos, su apariencia. Las urnas volvieron a su cita con los electores en varios de los países de la región, en algunos casos después de varios años. Fueron claves los sucesos políticos en Pakistán, con la salida de Musharraf y el retorno a la democracia, o la moción de confianza presentada contra el gobierno en India, que condujo a un rediseño de sus alianzas y fue el disparo de salida de la campaña electoral, ante los inminentes comicios. También algunos estados menores, como Bhután o Maldivas, se las vieron con las primeras elecciones cuasi democráticas de su historia. Historia aparte es el caso de Sri Lanka, donde la violencia generada por el conflicto entre el gobierno y la guerrilla tamil, en una fase especialmente virulenta, emborrona cualquier otro acontecimiento en el país durante del año.

## Introducción

Fue de una enorme relevancia que el año 2008 empezara con la vuelta a la democracia del sexto país más poblado del mundo, Pakistán, y terminara haciendo lo propio con el séptimo, Bangladesh. En Pakistán, los comicios restauraron la democracia, adulterada desde el golpe de Estado del general Pervez Musharraf de 1999. Esta vez no fueron completamente limpios –en lugares como Karachi la intimidación y las irregularidades son muchas– pero más homologables que los celebrados con Musharraf como jefe del ejército, jefe de Estado y hasta del gobierno. Las elecciones supusieron el regreso al poder del Partido Popular de Pakistán (PPP) en circunstancias extremadamente traumáticas. No en vano, 2007 había terminado con el magnicidio de su líder Benazir Bhutto –a la segunda tentativa– pocas semanas después de su regreso, pactado con Musharraf, tras varios años de exilio entre Londres y Dubai.

Mientras tanto, en Bangladesh, a finales de diciembre, el ejército cumplió su promesa de convocar elecciones en el plazo que, dos años antes, se había marcado para sanear el corrupto sistema de partidos. Pero los militares y sus tecnócratas bien considerados por el Banco Mundial y por India, tuvieron que aceptar el enquistamiento de las dos

*begums*, Sheikh Hasina y Khaleda Zia, en el imaginario político de la marisma más superpoblada del mundo.

Los vecinos menores de la región –entre los cuales la influencia del gigante indio y el atractivo de su crecimiento en democracia es todavía mayor– no permanecerían al margen de la ola democratizadora. Nepal volvió a las urnas después de casi una década y el voto popular avaló la sentencia de muerte a la monarquía propugnada por el gobierno de unidad que organizó los comicios. Un cambio de régimen impulsado con mano de hierro por la guerrilla maoísta, que superó en las urnas a las opciones moderadas, como el Partido del Congreso Nepali –vistas por el pueblo como demasiado dadas a las componendas e identificadas con el pasado– y barrió al partido monárquico. A pesar de las reservas indias, la instauración de la república se hizo inevitable.

Por aquello de, “cuando veas las barbas de tu vecino recortar, pon las tuyas a remojar”, el otro reino himalayano, Bhután, llevaba un par de años preparando la transición desde la monarquía autoritaria a un sistema más homologable. Y en 2008 vio dos cambios de peso, la celebración de elecciones democráticas, por primera vez –aunque los dos contendientes competían en fervor monárquico– y la cesión de la corona al joven príncipe heredero, Khesar, por parte de su padre, para encabezar la nueva etapa de tímida apertura política. Otro autócrata, el presidente de las Maldivas Maumoon Abdul Gayum, convocó elecciones presidenciales por primera vez en tres décadas –para ser exactos, elecciones en las que tuviera enfrente a algún adversario– y perdió frente a uno de sus antiguos prisioneros políticos. Ciertamente, queda Sri Lanka. Allí, en 2008, se mató más que nunca, aunque fuera aprovechando los últimos resoplidos de la “guerra contra el terror”.

Y dejamos para el final al gigante de la región, India. Allí el espectro de elecciones anticipadas planeó con fuerza a mediados de año, cuando la coalición gobernante perdió el apoyo externo de los partidos comunistas. Algo que obligó al primer ministro Manmohan Singh a afrontar una moción de confianza en el Parlamento. Una recomposición de alianzas, estrenada con dicha votación, habría de permitir a la Alianza Progresista Unida (en inglés, UPA) agotar la legislatura de cinco años, aunque ya en situación de precampaña.

Entre las elecciones celebradas para las asambleas de varios estados de India, cabe destacar las que a finales de año se desarrollaron en la vasta porción de Jammu y Cachemira bajo ocupación india. Para los cachemires representaba también –pese al acostumbrado boicot de los soberanistas y la respuesta india en forma de arrestos domiciliarios de líderes– un remedo de normalidad, con un proceso de votación y recuento muy alejado de los pucherazos de los años ochenta y noventa. A pesar de una inesperada erupción de agitación popular a mediados de año, en el valle, con abundante despliegue de banderas pakistaníes y demandas de *azadi* (“libertad”) la participación fue inusualmente alta, cercana al 60%, incluyendo, claro está, Jammu. Aunque la fractura social entre el valle musulmán de Cachemira y Jammu –de mayoría hindú– quedaba reabierto y sangrante.

## India

2008 fue calificado como un *annus horribilis* para India, aunque no en el grado en que lo fueron, por ejemplo 1993 –demolición de la mezquita de Ayodhya, disturbios antimusulmanes y represalia terrorista– o 1984 –asalto a los atrincherados en el Templo Dorado de Amritsar, con el consecuente asesinato de Indira Gandhi por sus guardaespaldas sikhs y, acto seguido, pogromo contra los miembros de esta religión–.

*Annus horribilis* es, ciertamente, un calificativo exagerado para 2008. Pero lo cierto es que el año empezó con el optimismo en máximos y terminó con un importante repliegue de expectativas. 2008 fue, para India, un volver a mirarse en el espejo de

cuerpo entero, desnuda y sin maquillaje, después de que el espejito de la prensa autóctona en inglés le hiciera perder el contacto con la realidad, de tanto repetirle que era la chica más guapa y la que viviría un mejor casamiento.

A finales de año empezaba a cuajar, entre partidos regionales, izquierdistas y de casta, una laxa alianza dispuesta a cambiar la narración india y recentrarla en su mayoría de desheredados, en lugar de la clase privilegiada urbana y anglófona. El Tercer Frente, con una figura, Mayavati, que crece agigantadamente –como las estatuas de líderes intocables (Ambedkar *et al.*) que siembra por doquier en Uttar Pradesh, el Estado donde es primera ministra.

Después de los años de bonanza económica bajo el Bharatiya Janata Party (BJP), acelerada desde 2004 con el economista Manmohan Singh (del Partido del Congreso) como

primer ministro, la clase media india tenía sobrados motivos para la satisfacción. Para empezar, sus filas se engrosaban en millones de individuos cada mes, como las listas de clientes de las operadoras de telefonía móvil. La clase media que Alberto Moravia y Pier Paolo Pasolini retrataban en los años cincuenta como abatida y discreta, se había vuelto desacomplejadamente consumista, dispuesta a pagar precios escandalosos por sus copas, sus manjares y su creciente oferta de ocio. La clase media, entre 80 y 200 millones de personas, ha crecido a pasos agigantados. Pero, al mismo tiempo, nunca había mediado un abismo tan grande –y peligroso– entre la llamada clase media y el indio medio, que sigue durmiendo en el catre o en el suelo después de haber ganado en un día lo que los primeros pagan por un par de cafés en las cadenas de moda: Barista, Coffee Day o Mocha.

2008 es el año en que la “generación Barista” topa con la cara más cruel del capitalismo, que llevaba sonriéndoles desde su infancia. Estos jóvenes licenciados con dominio del inglés tienen entre 25 y 30 años y ganan, desde su primer salario, más de lo que sus padres nunca ganaron. En enero de 2008 vieron como el índice Sensex de la Bolsa de Mumbai superaba los 20.000 puntos y una familia india, los

Ambani, se convertía –efímeramente– en la más rica del mundo. Muchos llevaban tiempo invirtiendo su salario en acciones que parecía que no habrían de detener su ascenso hasta que India coronara su carrera de superpotencia. Bastantes de ellos se endeudaron para comprar todavía más acciones. A finales de año, la bolsa había descendido hasta los 8.000-9.000 puntos y muchos de estos *golden boys*

“ 2008 es el año en que la 'generación Barista' topa con la cara más cruel del capitalismo (...) Jóvenes licenciados con dominio del inglés y entre 25 y 30 años que (...) llevaban tiempo invirtiendo en acciones que parecía que no habrían de detener su ascenso hasta que India coronara su carrera de superpotencia. (...) A finales de año, la bolsa había descendido y muchos de estos *golden boys* pasaban a engrosar las filas del paro.”

pasaban a engrosar las filas del paro, endeudados y sin armas intelectuales ni políticas para comprender lo que les estaba pasando. El materialismo de la nueva India y la incombustible fe en el capitalismo de sus protagonistas adoptaban un tono elegíaco, rematado por el golpe terrorista contra el Mumbai de cinco estrellas, a finales de noviembre. En 2008, pues, conviven el clímax de un largo ciclo económico y político, relativamente benigno, y el final de fiesta. India rozando el crecimiento de dos dígitos y, acto seguido, iniciando una rápida desaceleración.

En el orden político hay que destacar la pervivencia del gobierno de la Alianza Progresista Unida (UPA), con Sonia Gandhi como jefa de la coalición vertebrada por el partido que ella preside, el Partido del Congreso. Mediado el año, el hombre al que designó como primer ministro, Manmohan Singh, estuvo dispuesto a perder el cargo e ir a nuevas elec-

ciones si no iba adelante el acuerdo nuclear civil con EEUU. A causa de este pacto, la izquierda (con el Partido Comunista de India-Marxista, CPM, como miembro prominente) cumplió su amenaza de retirar el apoyo externo que brindaba a la UPA desde el principio de la legislatura. El motivo aducido, una supuesta pérdida de soberanía –también insinuada por la derechista BJP– por el encorsetamiento previsto para el programa nuclear militar y la prohibición de nuevas pruebas nucleares.

El reparto de papeles entre Sonia Gandhi y Manmohan Singh presupone en la primera el corazón (redistribución) y en el segundo la cabeza (rigor en el gasto, economía productiva). Serían cosa del corazón el costosísimo programa de empleo mínimo garantizado en las áreas rurales o la condonación de deudas de agricultores en regiones donde ha habido olas de suicidios. Pero en el caso del acuerdo nuclear, Manmohan Singh hizo de tripas corazón y decidió jugárselo todo a una carta, si bien es cierto que no quedaban más de nueve meses de legislatura. Y el hierático profesor sikh ganó la moción de confianza. Eso sí, después de que el Partido del Congreso y sus aliados excarcelaran a varios de sus diputados para que pudieran votar.

El magnate Mukesh Ambani –Reliance Industries– se reunió con Singh pocos días antes de la votación. El dinero circuló a raudales para captar voluntades a favor del pacto nuclear. El Partido del Congreso se hizo con una nueva muleta donde apoyarse gracias al turbio Samajwadi Party (Partido Socialista), desbancado del poder en Uttar Pradesh, el estado más populoso, por la dirigente intocable Mayavati. Mientras las televisiones transmitían en directo el debate, diputados del BJP irrumpieron en el centro de la Cámara con un saco repleto de fajos de billetes, denunciando sobornos. Uno de los momentos más bajos de la democracia india. Aunque la UPA superó la votación con más holgura de lo esperado.

No obstante, si algunos creían que había llegado la hora de poner en práctica las recetas neoliberales que los comunistas no habían dejado aplicar hasta entonces, la crisis internacional se encargaría de poner en cuarentena sus designios. Pero volvamos al intrínquil del acuerdo nuclear que, en la práctica, saca a India de la condición de paria nuclear en que se encontraba, junto con Pakistán, desde que ambos países realizaron nuevas pruebas nucleares en 1998. Convertir a India, que no ha firmado el Tratado de No Proliferación nuclear, en una excepción a la regla sólo era posible con el apoyo político de EEUU, que se encargó de doblegar todas las resistencias, tanto en la Agencia Internacional de la Energía Atómica como, sobre todo, entre

la cincuentena de países suministradores de combustible nuclear. Un premio a la responsabilidad con que India ha gestionado su arsenal nuclear –en contraste con la proliferación nuclear de la red de A.Q. Khan en Pakistán.

EEUU estaba deseoso de obsequiar a India por su abandono del tercermundismo, tras décadas como abanderada de los no alineados. La alianza estratégica india con EEUU –e Israel– es cada vez más evidente, con la contención de China como argumento de peso. (Sin olvidar que India empezó el año lanzando un satélite espía del Estado hebreo). A cambio de su realineamiento político, que de algún modo cuadra con su indiscreta admiración por el modelo de EEUU –donde los indios son la minoría más acaudalada– India consigue ser reconocida, de facto, como la sexta potencia nuclear (Israel es un caso aparte).

Algo que debería coadyuvar, a medio plazo, al primer objetivo de la diplomacia india, que no es otro que ocupar un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Una vez enterrados los designios emancipadores, el reconocimiento como

**“ En el caso del acuerdo nuclear, Manmohan Singh hizo de tripas corazón y decidió jugárselo todo a una carta, si bien es cierto que no quedaban más de nueve meses de legislatura. Y el hierático profesor sikh ganó la moción de confianza.”**

superpotencia es la fantasía que anima la imaginación de la clase política india y de su clase acomodada. Aunque ésta no responda a la voluntad de modelar el mundo a su manera (como querían la URSS, la Ale-

mania del Reich o EEUU), sino de sentarse a la mesa de los poderosos. El reconocimiento del estatus y la jerarquía lo son todo en la mentalidad india.

No obstante, la cercanía de India a EEUU e Israel iba a tener una consecuencia abrupta a finales de noviembre. Un comando de diez terroristas islamistas, llegados por mar desde Pakistán y armados con fusiles de asalto y granadas, sembró el terror de una forma inédita incluso para una ciudad tan acostumbrada a los atentados brutales como Mumbai. La peor matanza tuvo lugar en el icono de la ciudad, la estación de trenes construida en la etapa colonial, Victoria Terminal. Casi medio centenar de muertos, la mayoría pobres, muchos de ellos musulmanes.

Aunque lo que cautivó la atención del mundo fue el secuestro de dos hoteles de cinco estrellas –uno de ellos el centenario Taj Mahal Hotel– repletos de extranjeros y de un centro judío. Sin olvidar el acribillamiento de la cervecería Leopold, abrevadero de turistas. Centros neurálgicos de la ciudad símbolo de todos los contrastes de India, sí, pero especialmente de lo que puede abrigar de próspero y cosmopolita. Por primera vez, el terrorismo islámico se apartaba de la habitual dialéctica revanchista entre musulmanes e hindúes (y también hacia los sikhs) fruto del trauma de la

Partición, para hacer suya la agenda global contra "cruza-dos y sionistas" de Al-Qaeda.

La captura de uno de los terroristas desveló el carácter pa-kistaní del comando, emanado de Lashkar-i-Toiba, un grupo inicialmente alentado por el ejército de Pakistán para combatir en la guerra asimétrica en la Cachemira ocupada por India. Si unas semanas atrás Asif Ali Zardari multiplicaba los signos de deshielo con India, los atentados de Mumbai vol-vían a poner a los dos países, brutalmente, en tensión pre-bélica. Se desvanecía finalmente otro sueño animado a principios de año por los cambios políticos en Pakistán. El ejército volvía a demostrar que tiene la última palabra en Islamabad y el antiguo jefe de la inteligencia y actual jefe militar, Pervez Kiyani, obligaba a Zardari a cuadrarse y no cooperar –seriamente– con "el enemigo".

De rebote, la tensión con India permitía al ejército justificar que el 80% de sus tropas –las mejores– sigan apostadas en la frontera oriental, en lugar de estar combatiendo a sus correligionarios talibanes en la frontera afgana.

Los atentados removieron los bajos instintos del opositor BJP, que intentó convertir en votos el patriotismo más gue-rrero, cuando los terroristas todavía mantenían secuestrado el orgullo de Mumbai. Sin embargo, los indios dejaron pron-to muy claro que no se iban a dejar llevar a la guerra fácil-mente. Para empezar, los votantes de los estados que acu-dieron esos días a las urnas, no premiaron al BJP, que mantuvo el gobierno de Madhya Pradesh, pero perdió el de Rajastán a favor del Partido del Congreso. Asimismo, las multitudinarias manifestaciones de la clase acomodada de Mumbai, en lugar de seguir las consignas belicosas de algu-nos medios, se convirtieron en un clamor contra la ineficacia de la hiperprotegida clase política.

El mismo buen sentido predominó en el principal objeto de disputa entre India y Pakistán y remota justificación de los atentados: Cachemira. La parte ocupada por India había vivido un inesperado levantamiento popular en verano, de carácter anti-indio, a causa de los planes para construir al-bergues para peregrinos hindúes en el santuario de Amar-nath. Algo visto como una colonización encubierta por los musulmanes que representan más del 95% de la población del valle.

Sin embargo, el año terminó con unas elecciones inespera-damente concurridas en el estado: un 60% de participa-ción. Y la tercera generación del partido de los Abdullah, Omar Abdullah –amigo y coetáneo de Rahul Gandhi, delfín del Partido del Congreso– se convertía en primer ministro de Cachemira. La democracia india recobraba el aliento. Un aliento que a lo largo de 2008 contribuyó a democratizar todo el vecindario. No menos peligroso que en los años

anteriores, pero decididamente menos indulgente con las autocracias y algo más convencido sobre la bondad de las urnas para formar gobiernos representativos y transfor-madores.

## Pakistán

Pakistán profundizó en 2008 su "descenso en el caos" –título del último libro del periodista Ahmed Rashid. Por un lado, la democracia –tutelada– tuvo una nueva oportuni-dad, que fue aprovechada a los pocos meses por los dos grandes partidos para desembarazarse del dictador enquis-tado como presidente, el general Pervez Musharraf. No obstante, el desafío talibán –como guerrilla en las zonas tribales pashtunes y como comandos terroristas en el resto del país– fue también en aumento, resaltando la debilidad del nuevo gobierno democrático y acentuando su carácter subalterno respecto a la cúpula militar.

Pero vayamos por partes. Pakistán empezó 2008 todavía convulso por el asesinato de Benazir Bhutto, la última sema-na de 2007, a la salida de un mitin, en Rawalpindi. La misma ciudad, sede del cuartel general del ejército, donde su padre –Zulfiqar Ali Bhutto– había sido ejecutado tres décadas antes. Los seguidores del Partido Popular de Pa-kistán (PPP), convencidos de que, como en otros magnici-dios de la historia de Pakistán, nunca llegarían a saber la verdad, culparon de inmediato al *establishment* y se toma-ron la justicia por su mano. Durante varios días, sobre todo en Sindh (la provincia natal de los Bhutto), pero también en otras partes del país, se sucedieron los actos de vandalismo contra organismos oficiales, gasolineras, bancos y sedes de la Liga Musulmana de Pakistán (PML-Q). Este último, el partido del régimen, es el fruto de una escisión del PML-N de Nawaz Sharif, promovida por el general Musharraf al inicio de su dictadura para facilitarse una coartada parla-mentaria. Desde entonces, mediante pucherazos y alianzas con partidos islamistas –de resultados igualmente inflados– el PML-Q se había encargado de poner el matasellos legal en el Parlamento a las decisiones del general.

Las elecciones, que debían celebrarse a inicios de enero, fueron pospuestas un mes por la Comisión Electoral, adu-ciendo motivos de seguridad y logística. Para el PPP, en cambio, no era más que un intento de abortar la marea de simpatía provocada por el asesinato de Benazir Bhutto. A principios de enero, el viudo de Benazir, Asif Ali Zardari, anunciaba que el hijo varón de ambos, Bilal, sería el nuevo líder del partido, previa inversión de sus apellidos. Aunque a causa de su edad –19 años– el propio Zardari tomaba las riendas del PPP mientras el heredero terminaba su forma-ción universitaria en Inglaterra. Asimismo, manifestaba que el hombre que había encabezado el partido durante los

años de exilio de los Bhutto sería el candidato a primer ministro. Una promesa que no honraría.

Por motivos de seguridad, en la renovada campaña los candidatos mantuvieron un perfil muy bajo. Y los pakistaníes no transmitían ninguna emoción por el retorno de la democracia y de unas elecciones que se prometían pasablemente limpias. Su desconfianza estaba más que justificada.

Aunque en contra de los pronósticos más agoreros, no hubo un pucherazo a favor del PML-Q, más conocido como el partido de Musharraf. Éste quedó reducido a tercera fuerza, para disgusto de sus máximos líderes, Chaudhry Shujaat Hussain y Pervez Elahi. Cabe decir que varios hijos y hermanos de estos últimos tienen residencia legal en Barcelona, donde figuran como empresarios, asociados con personas de la mayor influencia en la vida asociativa de los pakistaníes en España.

La marea de simpatía por el PPP se había quedado en ola, pero lo suficientemente grande como para proporcionarle una cómoda victoria. El PPP había hecho campaña con retratos de Benazir Bhutto –y su padre, como siempre– con la incorporación de su hijo. Pero al día siguiente de las elecciones, el nuevo hombre fuerte del país era su viudo, el empresario Asif Ali Zardari, conocido durante los dos gobiernos de Benazir, en los que llegó a ministro, como “Mister 10%”.

El PML-N, que también salió bien parado pese a la tardía vuelta del exilio de su líder –Na-

waz Sharif– se apresuró a ofrecer su apoyo al PPP para aclarar la democracia, entrando en una endeble coalición con quienes habían sido sus encarnizados adversarios a lo largo de los noventa. Aunque Zardari fue encarcelado durante el gobierno de Sharif –y permaneció en prisión hasta bien entrado el régimen de Musharraf– las circunstancias obligaban a ambos hombres a fundirse en un abrazo y unir fuerzas. Para el puesto de primer ministro, Zardari escogió a Yusuf Raza Gilani, que al menos durante 2008 habría de mantener un perfil bajo y no discordante.

El pacto entre PPP y PML-N lo exigía la emancipación de la democracia respecto a la tutela del ejército y la salvación del sistema de partidos. La presión combinada dio sus frutos en agosto, cuando Pervez Musharraf decidió abandonar el último de sus puestos de poder: el de presidente. Y sucedió algo inimaginable apenas seis meses antes: el impopular Zardari se convertía en el nuevo presidente de Pakistán, tras obtener el apoyo de la mayoría de legisladores estatales y provinciales. Y una vez en el puesto, pronto olvidaría sus

reclamaciones anteriores de despojar al cargo de las prerrogativas añadidas por Musharraf, o de la capacidad de disolver el Parlamento –algo amargamente experimentado en los ochenta, por Benazir Bhutto y Nawaz Sharif.

Aunque Musharraf amnistió –de forma indirecta– a Benazir Bhutto y su marido de las causas abiertas por corrupción, no hizo extensiva la amnistía a los casos ya juzgados, lo que dejaba en la sombra a Nawaz Sharif, condenado en 2000 a instancias del propio Musharraf. Aunque Sharif pudo volver del exilio, al segundo intento, y hacer campaña en las elecciones, no consiguió carta blanca para concurrir como candidato. A este motivo de disputa entre el PPP y Sharif se añadiría posteriormente la rehabilitación del presidente del Tribunal Supremo, Iftijar Chaudhry, destituido por Musharraf. Esta causa era reivindicada al principio por ambas fuerzas, pero luego cayó en el olvido por parte del PPP. No en vano, Zardari temía que el juez independiente invalidara, no sólo el estado de excepción de Musharraf, sino también la amnistía de los cargos de corrupción que el dictador le concedió a él y a su esposa durante dicho período.

Desgraciadamente, la recuperación del pulso democrático en Pakistán no trajo consigo una disminución de la violencia

“ El PPP había hecho campaña con retratos de Benazir Bhutto –y su padre, como siempre– con la incorporación de su hijo. Pero al día siguiente de las elecciones, el nuevo hombre fuerte del país era su viudo, el empresario Asif Ali Zardari, conocido durante los dos gobiernos de Benazir, en los que llegó a ministro, como ‘Mister 10%’.”

terrorista y de las fuerzas centristas. Aunque la victoria del PPP satisfacía a Sindh, la segunda provincia en población tras Punjab, la auténtica prueba de fuego para la unidad de Pakistán estaba en Baluchistán y la North West Frontier Province (NWFP). El PPP empezó su mandato tendiendo una mano a los

baluchíes y pactando con los pashtunes laicos de la NWFP. Estos últimos habían pulverizado a los partidos islamistas que, con la complicidad de Musharraf, se habían apoderado de la provincia en las elecciones anteriores.

Pero la mano tendida a los pashtunes ganados por la “talibización” en las zonas tribales pronto debería ser retirada, bajo la doble presión de nuevos atentados islamistas –en septiembre ardía el hotel de la élite capitalina, el Marriott Islamabad– y las acusaciones de pasividad cuando no connivencia por parte de EEUU, que desde 2001 había volcado 11.000 millones de dólares para que el ejército de Pakistán combatiera a Al Qaeda (con algunos resultados) y a los talibanes (sin resultado). Una situación que habría de deteriorarse aún más.

## Bangladesh

La junta que tomó el poder en Bangladesh en enero de

2007 apuró hasta diciembre de 2008 para cumplir su promesa de convocar elecciones en dos años. A lo largo de 2008 siguió el tira y afloja con las dos *begums* de la política bangladeshí de las dos últimas décadas, Sheikh Hasina, de la Liga Awami (en inglés, AL), y Khaleda Zia, del Partido Nacional de Bangladesh (en inglés, BNP). En su día, el ejército tomó el poder, pretendidamente, para evitar un fraude masivo en ciernes en las elecciones por parte del gobernante BNP, tal como denunciaba la Liga Awami. No obstante, la junta arrestó y encarceló –intermitentemente– a las dos adversarias irreconciliables, junto a su parentela más cercana –el hijo de Zia era especialmente odiado– y a varios altos cargos.

El jefe de gobierno provisional, Fakhruddin Ahmed, antiguo presidente del Banco Central –y ex funcionario del Banco Mundial– continuó, en 2008, la tarea de actualizar el censo y limpiarlo de cadáveres votantes. La presión judicial contra los dos grandes partidos, que habían llevado la corrupción hasta límites escandalosos en uno de los países más poblados y pobres del mundo, continuó. Pero pronto se reveló que alterar el mapa político iba a ser tarea imposible. El Premio Nobel Mohamed Yunus –padre del Grameen Bank, modélico en la concesión de microcréditos para sacar a familias enteras de la pobreza mediante la iniciativa femenina– ya había renunciado hacía meses a formar un nuevo partido. Y los existentes demostraban una gran capacidad de resistencia pese al acoso legal.

Tanto es así que, si en algún momento, los militares soñaron con jubilar a las corruptas *begums* y su politiquero y perpetuar un gobierno tecnocrático, no tuvieron más remedio que ceder a la realidad sociológica del país, en primer lugar, y a la ola democratizadora en la región, en segundo lugar. Si el ejército de Pakistán había convocado elecciones y hasta el general Musharraf había abandonado pacíficamente la presidencia del Estado, difícilmente podían los generales bengalíes mantener durante más tiempo su control de todos los resortes del poder. También en la no muy lejana Tailandia el ejército acababa de devolver el poder a los partidos –aunque sin dejar de interferir– después de un paréntesis de dos años desde el golpe, como en Bangladesh.

En los últimos días del año, Sheikh Hasina y Khaleda Zia salieron de su arresto domiciliario para votar. Resultado: la hija del padre de la patria, Hasina, obtenía 250 de los 300

escaños en juego. Zia, la viuda del otro padre de la patria, había sido derrotada para regocijo de India. La alianza entre el BNP y los partidos islamistas, finalmente, había sido barrida por un largo periodo.

## Nepal

2008 fue un año histórico en Nepal. Este complejo país de 30 millones de habitantes empezó el año como una monarquía unitaria hindú y lo terminó como una república federal y laica. No sólo eso. Un líder guerrillero maoísta, conocido como *Prachanda* (“el fiero”), se convertía en primer ministro. Después de más de una década en el monte y de haber puesto en jaque al ejército real,

la guerrilla maoísta conseguía la parte del león en el reparto de poder y –lo que es más significativo– no por la fuerza de las armas, sino de los votos. A pesar de la retórica maoísta todavía al uso en el subcontinente –el poder está en las balas (*bullets*, en inglés) y no en los *votes* (votos)–, el liderazgo de *Prachanda* consiguió convencer a los suyos. En pocos meses, el bigotudo y sólidamente marxista *Prachanda*, pasaba de predicar el asalto armado al poder a glosar las bondades de los comicios: “La democracia multipartidista es el sistema político del siglo XXI”, ha declarado en varias ocasiones. Un análisis distinto al de sus camaradas maoístas indios, los naxalitas, que después de años apoyando la lucha guerrillera en Nepal guardan ahora silencio sobre la conversión de *Prachanda* y los suyos a la democracia.

Para explicar la histórica caída en desgracia de la dinastía reinante, los Shah –que fue cimiento y cemento de un país

lingüística, étnica y religiosamente muy dividido– hay que hacer un poco de historia. Era un lugar común decir que los nepaleses adoraban a la monarquía y a su rey –tal como hoy en día se oye a menudo en relación a Tailandia. Esto no era cierto ni siquiera respecto al anterior rey, Birendra, cuya popularidad entre

los nepaleses fluctuó del mismo modo que sus flirteos con la democracia –alentados ya por Jawaharlal Nehru– rápidamente abortados. Una vez terminada la Guerra Fría, la democracia volvió a tener una oportunidad, pero la timidez de las reformas echó a los maoístas al monte. A finales de los noventa se celebraron las últimas elecciones democráticas, pero el país seguía sin contar con una constitución democrática, ni asomo de que el rey estuviera dispuesto a convertir el Parlamento en asamblea constituyente.

“ [En Bangladesh] la presión judicial contra los dos grandes partidos, que habían llevado la corrupción hasta límites escandalosos (...) continuó. Pero pronto se reveló que alterar el mapa político iba a ser tarea imposible.”

“ [Nepal] empezó el año como una monarquía unitaria hindú y lo terminó como una república federal y laica. No sólo eso. (...) Después de más de una década en el monte y de haber puesto en jaque al ejército real, la guerrilla maoísta conseguía la parte del león en el reparto de poder, (...) no por la fuerza de las armas, sino de los votos.”

En este contexto, en 2000, un terrible magnicidio sacudió el palacio de Katmandú (para más información, léase *Forget Kathmandu*). El rey, la reina y otras siete personas de la familia real fueron asesinados a tiros, presuntamente por el príncipe heredero, Dipendra, que habría terminado la matanza suicidándose de un tiro en la sien. Tras dos días en coma, el príncipe fallecía y la corona pasaba a manos de su tío –hermano del difunto rey– el odiado, Gyanendra, padre del no menos detestado Paras. Los nepaleses nunca han creído la versión oficial de que el asesino fuera el príncipe –en un ataque de rabia producto del whisky y las drogas–. Ciertamente, no cuadra que el príncipe llevara guantes para no dejar huellas en las armas, si efectivamente se trataba de un acceso de ira. Tampoco que se propinara un tiro en la sien izquierda, siendo diestro. En cualquier caso, fue un tiro en la sien de la monarquía.

El nuevo rey, contestado desde el principio, optó por ningunear al gobierno, asumir todo el poder y escalar la guerra contra los maoístas, que controlaban amplias regiones montañosas del país –sobre todo en el oeste– hasta alcanzar la cifra de 13.000 muertos en diez años. Poco después, su disolución del Parlamento y su absolutismo terminaron movilizándolo a todas las fuerzas sociales y políticas del país, que tras una serie de huelgas generales en 2006 consiguieron devolver al rey a la senda democrática. Se estableció un gobierno de transición, liderado por el histórico del Partido del Congreso, Girija Prasad Koirala, basado en el Parlamento de 1999, con la incorporación de los maoístas, liderado por un veterano líder del Partido del Congreso de Nepal. Tras varios retrasos, se fijó en abril de 2008 la celebración de elecciones, las primeras en nueve años. Los maoístas no consiguieron que la República fuera proclamada antes de los comicios, pero sí consiguieron el compromiso de que la futura carta magna sería republicana. Tras una década de violencia, sorprendió la tranquilidad de la jornada electoral y la masiva participación. El único partido que defendía explícitamente la monarquía quedó convertido en una fuerza testimonial en el Parlamento y el arrollador éxito de los maoístas –no muy lejos de la mayoría absoluta– sirvió de plebiscito republicano. Pero el poder no iba a cambiar de manos de la noche a la mañana, sobre todo porque el todopoderoso vecino, India, contemplaba con recelo el súbito éxito de los maoístas. No en vano, el primer ministro Manmohan Singh ha catalogado a las guerrillas maoístas como "la principal amenaza interna a la seguridad de India". Asimismo, los elementos conservadores veían con incomodidad la caída de la única monarquía hindú del mundo. Y se temía, con razón, que los maoístas hicieran realidad su promesa de reequilibrar las relaciones de Nepal con sus dos gigantes vecinos, China e India, desde siempre totalmente escoradas a favor de India. No está de más recordar que el 80% de los nepaleses son hindúes, que el nepalés y el hindi son lenguas de la misma familia –y se escriben en el mismo alfabeto–

hasta el punto de que la mayoría de los nepaleses chapurrea el hindi.

India tampoco se olvidó de jugar una carta malévola para fragilizar a los maoístas. Efectivamente, en el llamado Terai, las llanuras de Nepal colindantes con India, las diferencias con India del Norte son más teóricas que reales. Una misma etnia, una misma composición religiosa (hindúes y minoría musulmana) y una misma lengua: los llamados madhesi apenas hablan el nepalés (lengua materna de apenas el 50% de los nepalés) pero todos dominan el maithili, la lengua oficial del estado indio de Bihar. Y por si fuera poco, la región se mantuvo bastante al margen de la guerrilla maoísta. De la noche a la mañana, surgieron varias fuerzas políticas contra la discriminación del Terai, que obtendrían un formidable apoyo en las elecciones. Y aunque es cierto que un par de castas altas del valle de Katmandú han dominado tradicionalmente la política nepalesa, el *timing* de la revuelta parecía tener como destinatario al gobierno maoísta en ciernes.

No obstante, con inteligencia política, los maoístas consiguieron nombrar a un madhesi, Ram Baran Yadav, como presidente del país –jefe del Estado, tras el derrocamiento del rey– y reconducir la situación. Posteriores muestras de moderación han contribuido a aliviar la aprensión india. Aunque no la de las decenas de miles de refugiados tibetanos, que han sido los primeros en experimentar en sus carnes el acercamiento a China y las consecuentes cortapisas a su libertad de expresión y manifestación.

Por primera vez en la historia de Nepal, la democracia parece bien encarrilada. La asamblea constituyente tiene hasta 2010 para redactar la primera constitución democrática del país. Sin embargo, la historia autoritaria del país y una década en la dinámica de acción-represión siguen hipotecando la consolidación democrática. Los maoístas siguen con resabios dictatoriales, aunque actualmente deleguen las dosis de intimidación en las juventudes comunistas del partido. Asimismo, sigue en el aire la integración de los guerrilleros maoístas –acantonados desde hace más de tres años, pero no desmovilizados– en el antiguo ejército real al que combatieron durante una década. En este sentido, es reseñable que la oficialidad –monárquica– haya aceptado el actual proceso político legitimado en las urnas. Y que el antiguo rey abandonara el palacio real de Katmandú, ahora museo.

### Sri Lanka

La isla con forma de lágrima fue en 2008 la excepción regional, ya que la guerra civil arreció y, la primera víctima, como no podía ser de otro modo, fueron las garantías democráticas.

cas y los derechos humanos. El gobierno de Sri Lanka decidió nada más empezar el año formalizar lo que era una realidad palpable desde hacía más de un año: la ruptura del alto el fuego con el LTTE (Tigres para la Liberación de Tamil Eelam –"la tierra tamil"–). El presidente Mahinda Rajapaksa confirmaba su vocación de liquidar por la vía militar al movimiento guerrillero que desde hacía un cuarto de siglo controlaba amplias zonas del norte y el noreste del país. Saltaba definitivamente por los aires la tregua de 2002 firmada por la antecesora de Rajapaksa y miembro de su mismo partido, Bandaranaike-Kumaratunga.

El proceso de paz mediado por Noruega sucumbía ante el maximalismo de los Tigres Tamiles y la inflexibilidad del gobierno. Parece que en la última ronda, el LTTE habría renunciado finalmente a la creación de un Estado tamil independiente. Pero, habiéndose tragado el sapo de una Sri Lanka unida –aunque federal– el LTTE no estaba dispuesto a aceptar que el norte y el este del país, ambos de mayoría tamil, formaran dos provincias distintas en el estado federal resultante. La reunificación era condición *sine qua non*. Las cosas podrían haber ido de otro modo si las elecciones presidenciales de noviembre de 2005 hubieran sido ganadas por el candidato opositor, Ranil Wickremesinghe, que como primer ministro, en 2002-2003 impulsó las conversaciones con el LTTE durante la tregua.

No obstante, el llamamiento del LTTE a que los tamiles boicotearan las elecciones permitió la victoria, por un estrecho margen, del candidato Rajapaksa, que había sido primer ministro bajo la presidenta Chandrika Bandaranaike-Kumaratunga, en 2004-2005. Rajapaksa defendía la línea dura frente al LTTE y un Estado unitario. Pronto se vio que su intención no era otra que aplastar al LTTE en el campo de batalla para pulverizar su condición de interlocutor político. A diferencia del líder del LTTE, Prabhakaran, Rajapaksa había percibido que los cambios políticos en la vecina India y en el contexto internacional debilitaban la posición de los guerrilleros y reforzaban la del Estado. Por un lado, de forma inesperada, a mediados de 2004 Sonia Gandhi se había convertido en jefa de la coalición gobernante en India y no parecía dispuesta a dar oxígeno al movimiento que asesinó a su marido, Rajiv Gandhi, en 1991.

El LTTE se basa en tres patas: el apoyo de la población tamil de Sri Lanka (4 millones); el apoyo de los tamiles indios (60 millones), tanto de la sociedad civil, como del Estado de Tamil Nadu y, sobre todo, del Estado indio, actor internacional de primera magnitud y potencia regional; y por último, del apoyo mediático y, sobre todo, financiero, del exilio

tamil, sobre todo en el Reino Unido, Canadá, Alemania y Francia. Una de estas patas empezó a cojear con la subida al poder de Sonia Gandhi, que además metió en su mismo barco –la UPA– al veterano Karunanidhi, primer ministro de Tamil Nadu.

Otra pata, la del exilio, iba a verse seriamente acogotada por el clima antiterrorista dominante tras el 11-S. Cada vez más países pasaron a considerar al LTTE como organización terrorista (India había sido pionera) y a perseguir la recaudación de fondos para su causa. Rajapaksa supo montarse en el carro de la "guerra contra el terrorismo" proclamada por George W. Bush y sus adláteres, y apretar el acelerador antes de que se produjera el relevo en la Casa Blanca (para ofrecer un panorama de hechos consumados). La primera de las patas, la del apoyo tamil, había sido serrada en parte por la falta de visión y la intransigencia de Prabhakaran. La oposición surgida de entre los tamiles al LTTE, había sido liquidada físicamente sin contemplaciones para conseguir la hegemonía ideológica y organizativa. Asimismo, los musulmanes (9% de la población, de lengua tamil) se habían apartado completamente del LTTE desde que este les orde-

nó la evacuación de Jaffna en veinticuatro horas, años atrás.

Rajapaksa no estaba dispuesto a desperdiciar esta cuña y fomentó la división entre las dos grandes zonas tamiles, la del norte y la del este. En esta última, con abundante población musulmana (y burgher), una escisión del LTTE, protagonizada

por el coronel Karuna, fue oportunamente apoyada. El ejército, en 2007, se encontraba ya en plena ofensiva para erradicar al LTTE del este de la isla, con apoyo de la facción guerrillera escindida bajo mando del líder guerrillero Karuna. En 2008, la ofensiva pasó al norte de la isla, enterrando, ya abiertamente, el proceso de paz. Con tal de arrancar del LTTE su pretensión de representar a todos los tamiles, Rajapaksa premió a Karuna con el gobierno de la provincia este –y posteriormente, con un ministerio. Mientras tanto, el rearme del ejército hacía mella en zonas que desde hacía más de veinte años sólo formaban parte de Sri Lanka sobre el papel. Donde el mapa de Tamil Eelam colgaba en todas las escuelas y un Estado paralelo, con su servicio de correos, sus funcionarios y sus aduanas, reconocía a Prabhakaran como supremo.

Aunque la posición de India, donde viven sesenta millones de tamiles es incómoda, la eliminación de Velupillai Prabhakaran y de la guerrilla del LTTE es un objetivo compartido entre Rajapaksa, por un lado, y Sonia Gandhi, por otro. A pesar de manifestaciones en Tamil Nadu, huelgas de

**“La guerra civil arreció [en 2008 en Sri Lanka] y, la primera víctima (...) fueron las garantías democráticas y los derechos humanos. (...) A diferencia del líder del LTTE, Prabhakaran, [el presidente] Rajapaksa había percibido que los cambios políticos en la vecina India y en el contexto internacional debilitaban la posición de los guerrilleros y reforzaban la del Estado.”**



artistas de cine, declaraciones políticas para la galería e incluso algunas inmolaciones a lo bonzo, India en 2008 siguió distinguiendo entre la protección de los civiles tamiles y el legítimo combate contra una organización terrorista. Y no una cualquiera, sino la pionera del terrorismo suicido, con unidades navales, aéreas y submarinas (en fase de experimentación). Por ello, cuando el LTTE empezó a descargar bombas sobre Colombo con sus avionetas checas modificadas, India se apresuró a facilitar a Sri Lanka, aunque por debajo de la mesa, radares y técnicos. Lo que no impidió que varios aviones de guerra del ejército fueran alcanzados, así como una instalación eléctrica, que dejó la capital a oscuras en noviembre de 2008. Por último, el acercamiento político y militar de Rajapaksa a Pakistán, China e Irán abre nuevos interrogantes sobre los futuros equilibrios regionales.

## Bhután

Cuando veas las barbas de tu vecino recortar, pon las tuyas a remojar, dice el refrán. A mediados de esta década, el rey de Bhután llegó a la misma conclusión, y al intuir el negro destino de la otra dinastía himalaya, Nepal, decidió que una apertura política era ya inaplazable. Una vez más, los ocasionales reportajes sobre el país insisten en la visión de reino de postal y de singular comunión entre monarca y súbditos. Tiene especial predicamento la ocurrencia del antiguo monarca absoluto, según la cual la Felicidad Nacional Bruta le desvelaba más que el Producto Interior Bruto. Puede, pero chascarrillos aparte, el índice de desarrollo del país –de algo más de 600.000 habitantes– deja mucho que desear incluso si se mide según parámetros no economicistas: está al mismo nivel que Bangladesh, según la ONU.

Tras un siglo de poder absoluto de su dinastía –instaurada hace apenas un siglo– Jigme Singye Wangchuck prefirió pasar a la historia como el aperturista, antes que el absolutista. Y reservó el poder de primer monarca parlamentario para su hijo, Jigme Khesar. A la fabulosa ceremonia de coronación de este último acudieron como invitados especiales Sonia, Rahul y Priyanka Gandhi.

El acceso de los maoistas al poder en Nepal era doblemente preocupante para la monarquía bhutanesa. El principal dolor de cabeza de la coronada testa de Bhután son, precisamente, los bhutaneses de lengua nepalesa. Cabe recordar que la lengua oficial de este reino budista es un dialecto tibetano, aunque hay una proporción apreciable de nepaleses. Estos se sublevaron contra la obligatoriedad del dzon-

gkha (un dialecto tibetano) y su supuesta marginación, lo que provocó una ofensiva del ejército bhutanés y el destierro forzoso de decenas de miles de bhutaneses. Muchos de ellos siguen, dos décadas después, en campos de refugiados en Nepal, en "peligroso" contacto con los maoistas. Bhután se resiste a su vuelta y apoya, por el contrario, su acogida por parte de terceros países, como EEUU.

**“A pesar de manifestaciones en Tamil Nadu, huelgas de artistas de cine, declaraciones políticas para la galería e incluso algunas inmolaciones a lo bonzo, India en 2008 siguió distinguiendo entre la protección de los civiles tamiles y el legítimo combate contra una organización terrorista.”**

A pesar del pintoresquismo con que se han relatado las elecciones en Bhután, en las semanas previas a los comicios hubo varios atentados con bomba, prácticamente silenciados, cuya

autoría se atribuye a la subversión de base nepalesa. Finalmente, uno de los dos partidos concurrentes –el Partido Democrático Popular y el Partido de la Paz y la Prosperidad, ambos de difuso programa pero nítidamente monárquicos– se hizo con todos los escaños menos uno.

Si hay un país más dependiente de India, ese es Bhután. El reino himalayo es una especie de protectorado indio y sólo mantiene legaciones diplomáticas en Nueva Delhi y Bangkok. Thimphu no tiene política exterior o, en todo caso, se ajusta al milímetro a la marcada en Nueva Delhi. Por ello ni siquiera tiene embajada en China, país con el que comparte cientos de kilómetros de frontera y que es su único vecino, junto a India. No es ajeno al recelo de Bhután la voluntad china de reintegrar a su país todas las regiones tibetanas del subcontinente, incluidos grandes trazos del estado indio de Arunachal (especialmente Tawang, enclave budista y lugar de nacimiento de un Dalai Lama). El temor bhutanés es palpable, hasta el punto de no acoger prácticamente a refugiados de Tibet, a pesar de su vecindad y de que no hay otro lugar en el mundo con tantas afinidades culturales, lingüísticas, religiosas y geográficas.

## Maldivas

Aunque Sri Lanka es, visiblemente, un paraíso dinamitado por la guerra civil, muchos turistas despistados seguían viendo las Maldivas, en 2008, como un paraíso sin peros. Sin embargo, el presidente Momun Abdul Gayum llevaba treinta años ejerciendo el poder de modo absoluto, sin convocar elecciones y batiendo el récord de familiares empleados en una administración.

En 2006 Gayum había presentado un programa democratizador. En 2008, se libró de ser acuchillado en un extraño atentado con un cuchillo de cocina. Aunque casi más preocupante para el país fueron los artefactos que estallaron en 2007 y que hirieron a nativos y extranjeros, una auténti-

ca bomba para el turismo. De pronto, tras treinta años, Gayum tenía prisa y finalmente, en agosto de 2008 fue ratificada la Constitución, que consagraba la separación entre el poder legislativo y el ejecutivo, ofrecía una carta de derechos y abría las puertas a la celebración de elecciones presidenciales.

Con la celebración de elecciones presidenciales, en 2008, el archipiélago de las Maldivas culminaba los cambios democráticos iniciados pocos meses antes, con la elección de un parlamento. Un antiguo preso político, Mohamed Nasheed, *Anni*, –torturado por orden del propio autócrata Momun Abdul Gayum– lograba así alcanzar el poder e instaurar el primer gobierno maldivo salido de las urnas. Lo hacía en segunda ronda y con un 54% de los votos frente a Gayum, el más veterano de los presidentes asiáticos, con treinta años de gobierno autoritario a sus espaldas. Y Anni ganaba sin revanchismo, prometiendo una transición suave y no perseguir a su predecesor. Pero también que Maldivas no sería

sólo un escaparate de lujo para el turismo internacional más adinerado, sino también un lugar donde sus poco más de 300.000 habitantes pudieran mejorar sus generalmente precarias formas de vida. El joven activista político había vuelto del exilio en 2005, después de que el Parlamento títere levantara la prohibición que pesaba sobre los partidos políticos.

Maldivas, país musulmán sunní, se estaba convirtiendo en un punto de paso del terrorismo islámico con destino a India, según las sospechas de la inteligencia india. Y también de la heroína, que hace mella entre los jóvenes. Mientras algunas islas deshabitadas se habían convertido en paraísos hoteleros de arenas blancas, la mayoría de la población no disfrutaba de agua corriente. La instauración del sufragio debería contribuir a canalizar sus agravios y redistribuir la riqueza generada por el turismo de forma más equitativa.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOSE, A. (2008). *Behenji, a political biography of Mayawati*. Penguin Books. Nueva Delhi. 277 p.  
Un extraordinario perfil de la líder dálit (“paria” o “intocable”) Mayawati y del BSP (Partido de la Mayoría). Un libro muy documentado y bien escrito, útil para conocer las raíces de la fuerza fundada por Kanshi Ram como movimiento social en los años sesenta y su conversión, a partir de los ochenta-noventa, en una formidable maquinaria política, apoyada en el carisma de su protegida –y amante– *bejenhi* (término cariñoso referido a la hermana). El libro no parodia, como hacen los medios indios en inglés, y, aunque sus simpatías lo escoran hacia Mayawati, también expone ampliamente su megalomanía y corrupción, por otro lado habitual en todos los partidos indios. Un libro que puede ser más importante a medida que Mayawati se convierta en un actor cada vez más crucial en la política nacional india, con la vista puesta en ser primera ministra a medio plazo.

PANT, H. (ed.) (2009). *Indian foreign policy in a unipolar world*. Routledge. Londres.  
La política exterior india analizada, separadamente, en relación a Pakistán, China, EEUU, la Federación Rusa o la UE.

RASHID, H. (2008). *Descent into chaos*. Penguin. Londres. 484 p.  
El autor de *Los Talibanes* fue pionero en interpretar como una unidad lo que ahora se ha dado en llamar Afpak. Incluso abre el zoom hasta abarcar Asia Central en general. Por su profundidad analítica y por sus décadas de perspectiva –en primera línea, como único reportero pakistaní en Afganistán durante muchos años– Rashid brinda un libro clave para entender la “talibanización” de las áreas pashtunes pakistaníes y por qué los talibanes vuelven a estar a las puertas de Kabul. Es especialmente valioso por su explicación de la desbandada de los talibanes afganos a manos de la Alianza del Norte y de los bombardeos estadounidenses tras el 11-S. Y sobre todo, de su reagrupamiento en las zonas tribales pashtunes y en los alrededores de Quetta, por los errores del gobierno norteamericano y por la connivencia de los servicios secretos pakistaníes. También revela la multiplicación del tráfico de opio-heroina –después de su práctica erradicación durante los últimos meses de gobierno talibán– y su renovado papel como fuente de financiación de la guerra. El único pero es el guante blanco con el que trata al presidente afgano, su amigo Hamid Karzai, y la corrupción de su gobierno. Es, en cualquier caso, una obra fundamental y no sorprende que Barack Obama haya fichado a Rashid como asesor sobre la región.

SAHADEVAN, P. y DEVOTTA, N. (2006). *Politics of conflict and peace in Sri Lanka*. Manak Publications. 388 p.  
Un libro algo académico –y que repite argumentos en distintos ensayos– pero tremendamente útil para comprender el conflicto étnico en Sri Lanka y su indisoluble relación con el sistema electoral escogido con la descolonización. A diferencia de otros libros sectarios, distingue entre los tamiles –por los que muestra una clara simpatía– y la férrea máquina de matar y agregar

voluntades formada por Prabhakaran alrededor de los Tigres Tamiles. El perfil del sanguinario líder guerrillero es notable. Y aunque el libro se cierra justo antes de que el nuevo presidente Rajapaksa opte por la vía militar y tire a la basura las negociaciones de paz, el libro argumenta a su pesar la inutilidad de las conversaciones con una guerrilla de carácter milenarista, maximalista y abocada al culto de la personalidad y del sacrificio humano.

THAPA, M. (2005). *Forget Kathmandu (An elegy for democracy)*. Viking Penguin. Nueva Delhi. 260 p.  
No hay mejor libro –en realidad, no hay muchos más– para entender los intrínquilos de la política nepalesa, su sangrienta década de guerra civil y los mimbres del pacto político que había de desembocar en la reinstauración de la democracia y el derrocamiento de la monarquía en 2008. Es también un excelente resumen histórico de Nepal, un país heterogéneo como pocos. Sirve para comprender cómo un inteligente maestro de escuela consigue formar una guerrilla maoista triunfante, pese a la aparente solidez de la monarquía y la oposición de la todopoderosa India. Y no escatima páginas para aclarar el tiroteo que segó la vida de diez personas de la familia real en Katmandú, entre ellas el rey y el príncipe heredero. Una oscura matanza palaciega que habría de sellar, con su descrédito, el destino de la monarquía, así como la fortuna de los maoistas.